



Cien mil fascistas

SE estiman en cien mil las personas que acudieron el 20 de noviembre a la plaza de Oriente, "haut lieu" del franquismo, con una aspiración que resultaba inútil en su propia formulación: "Franco, resucita". Algunos más realistas pedían un nuevo Franco que, evidentemente, podría intentar fabricarse. La mayoría—inmensa—de estas cien mil personas tenían una mentalidad, una ideología que, sin compartirla naturalmente, puede inspirar toda clase de respetos. Personas que han vivido gran parte de

su vida, sin duda lo mejor de su vida, bajo un régimen que coincidía con sus aspiraciones ciudadanas y con la posibilidad de defender sus intereses. Personas que han sentido como justa y necesaria una formulación de vida y sociedad, no sólo porque fue ganada por las armas—lo cual no tiene por qué inferir legalidad de ninguna clase: por las armas se han ganado muchas veces regímenes detestables y terribles, y órdenes internacionales absolutamente vituperables—, sino porque lo consideraban co-

mo algo imprescindible para que España funcionase.

La conversión de la nostalgia, de la decepción de esas personas, de la amargura por ver pulverizadas en el aire lo que creyeron doctrinas eternas—y, claro, se equivocaban—en fascismo, ha sido la obra de unas minorías. No caigamos en el tópico de atribuirle a conspiraciones de gentes venidas "de más allá de nuestras fronteras", que ha sido siempre una tontería insignificante, por el hecho de que apareciesen fascistas italianos de "Ordine Nuovo"—el "neo" sobra aplicado al fascismo—: no hace falta ninguna clase de importación para este género de agotadores. Hay un vivero nacional. Estos grupos o grupúsculos, con sus peticiones de perdón

netamente fascistas, o con sus correrías urbanas contra centros tan inútiles y crepusculares para la política activa como el café de Gijón, o sus golpes de cadena a muchachos con barba intelectual o intelectualoide, ponían acentos berlineses—1930—o romanos, con la razón del "manganello", a lo que era o debía ser evocación, recuerdo o vacío, orfandad de aquellos que eligieron una doctrina que llevaba la muerte en sí misma porque era de un solo hombre y para una sólo época, que murió antes que ese mismo hombre. Los activistas del 20 de noviembre, su quema de un periódico que es más bien divertido y simplemente gubernamental, como "Diario 16", su cerco a los periodistas en la mis-

La inflación sigue: 1,38 en octubre

EL coste de vida ha subido un 1,38 por 100 en el mes de octubre: más de lo que lo ha hecho en todo el año en Suiza, la tercera parte que en Estados Unidos y la sexta que Francia. Por si alguien creía que el Gobierno iba a poder llevar a la práctica sus buenas palabras respecto a la inflación, ahí están las cifras, la contundente realidad: el 1,38 de octubre eleva la subida de los primeros diez meses del año al 16,36 por 100, y lo que es más significativo, a un 19,01 respecto al mes de octubre de 1975, indicando muy a las claras cuáles son los resultados que podemos esperar para el 31 de diciembre: si no superamos el 20 por 100, podemos estar contentos.

"Si el Gobierno no consigue frenar la inflación será inevitable la indeseada devaluación de la peseta", afirmaba esta misma semana Luis Coronel de Palma, presidente de la Confederación Española de Cajas de Ahorro. ¡Una devaluación cuando los países productores amenazan con una subida del 10 por ciento en el precio del petróleo que va a añadir unos cuantos puntos al proceso inflacionista! Inconcebible, pero inevitable; y eso a sabiendas de que la devaluación provocará, como ya provocó la de febrero, un nuevo aumento de la inflación interior.

Es un complejo galimatías que se complicaría aún más si contemplásemos todas las repercusiones que la inflación provoca en la estructura económica. Porque la inflación no sólo perjudica a los pobres, a los asalariados, a los perceptores de rentas fijas, etcétera, sino que distorsiona el funcionamiento de toda la economía, haciendo aún más imposibles las soluciones a los problemas, a los gravísimos problemas planteados. ¿A dónde vamos a llegar?

Se ha dicho tantas veces que la congelación salarial es la única arma, un arma profundamente injusta y contestable, de que dispone el Gobierno para tratar de hacer frente a la inflación, que es casi innecesario insistir en ello. Pero la propia composición de la subida de octubre demuestra que ni siquiera en el supuesto, inalcanzable, de una congelación salarial, el Gobierno es capaz de controlar la inflación: la alimentación, uno de los componentes que tradicionalmente más tiran hacia arriba del índice, ha subido tan sólo un 0,56 por 100, mientras que los gastos de casa —y eso que todavía no ha repercutido plenamente la reciente elevación de las tarifas eléctricas— han subido un 2,04 por 100. Vestido y calzado ocupan el primer puesto, con un 4,15 por 100, mientras que gastos diversos, con un 1,55 por 100, y vivienda, con 0,16, ocupan lugares más discretos. Esta enumeración sirve para comprobar que

las tensiones inflacionistas aparecen por doquier, que están acumuladas y saltan a la primera ocasión: en definitiva, que contra ellas no valen parches, sino una política coherente. En mayo, las culpas recayeron en las patatas. Hoy se podría acusar al calzado o al vestido: cada mes se puede colgar un sambenito, pero a la larga eso no vale para nada.

Da la impresión de que la inflación, en la larga lista de problemas económicos que tiene planteados el país, ha perdido brillantez en los últimos tiempos; pero no es más que un efecto psicológico, producto del hábito. Porque la inflación sigue siendo uno de los principales problemas. El Gobierno aseguró, como parte importantísima de sus medidas del 8 de octubre pasado, que se congelarían todos los precios de los productos por espacio de dos meses: en su momento se apuntó la imposibilidad técnica de proceder a una medida de dichas características y se señaló además que, en el caso de poderse llevar a cabo, eso no resolvería nada, puesto que las tensiones volverían a resurgir en el momento en que se acabaran las prohibiciones, con toda la fuerza reprimida en ese período. Pero la cosa va más allá aún: desde el 8 de octubre no se ha dado un solo paso concreto para aplicar esa increíble medida: los precios siguen subiendo, a ritmo acelerado, y la congelación no se ve por ninguna parte.

Y lo que es peor, según algunas fuentes, el Gobierno todavía no tiene ultimada la famosa lista de productos que habrán de someterse al régimen de precios autorizados y que habrá de presentarse antes del 30 de noviembre; y si la lista no está preparada se debe, entre otras cosas, a las presiones que para modificarla están haciendo algunos sectores. Como se sabe, los productos en régimen de precios autorizados sólo pueden subir lo que marque el índice del coste de vida. Y eso no parece satisfacer a los fabricantes de automóviles, que desde hace algunos años pretenden cubrir el déficit de ventas que la crisis ha provocado con constantes e importantes subidas de precios.

Se podría seguir hablando hasta el infinito, pero se llegaría siempre a la misma conclusión: la inflación es imparible y las medidas que es capaz de emanar el Gobierno sirven de poca cosa. Y lo malo es que a corto plazo las cosas se pueden agravar extraordinariamente; esperemos que en Qatar, donde se reúnen los países exportadores de petróleo el próximo 15 de diciembre, pase lo menos malo para España. Y esperemos que esa devaluación que muchos consideran inevitable se retrase lo más posible. ■ C. E.



ma plaza de Oriente, o la irri-gación despectiva con alguna que otra micción a las Cortes donde los suyos les habían abandonado unas horas antes, conservaban del viejo fascismo la forma ruda y agresiva. La doctrina había muerto, y si de alguna forma estaba consagrada podía serlo en aquellas mismas Cortes a las que menospreciaban.

Los brujos residuales del fascismo tiñeron de fascismo la plaza de Oriente. No era la primera vez que lo teñían. Quizá tergiversaron la opinión de muchos de los que había allí, y que tienen otros propósitos: entre ellos, el de desligarse de la frialdad escenográfica del acto del Valle de los Caídos. De esta forma, ocurrió que, queriéndolo o no, en la plaza de Oriente de

Madrid hubo el 20 de noviembre cien mil fascistas: como, queriéndolo o no, hubo cientos de miles de fascistas que ni siquiera sabían que lo eran en Roma o en Berlín. Sólo que en aquella época estaban dentro de una corriente histórica. Ahora están en contra de esa corriente.

La corriente del viejo y eterno fascismo va más bien por caminos de reformas, por caminos de futuros Senados y de flamantes Congresos que escapan a la razón democrática. El día que los cien mil de la plaza de Oriente lo descubran, tendrán menos ansiedad, menos amargura y menos decepción de la que tienen ahora. Y encontrarán que la memoria de Franco es más larga de lo que ellos mismos creen. ■